

MEMORIA MUNDI

ATALANTA

154



BERNARDO KASTRUP

PENSAR LA CIENCIA

LOS CONTORNOS DE UNA NUEVA VISIÓN
CIENTÍFICA DEL MUNDO

TRADUCCIÓN

J. RAFAEL HERNÁNDEZ ARIAS



ATALANTA

2023

En cubierta: estrellas de mar
con geometría de la cuarta dimensión
En guardas: pigmentaciones de pelaje animal
y patrones de plumaje en aves

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Todos los derechos reservados

Título original: *Science Ideated. The fall of matter
and the contours of the next mainstream scientific worldview*

© Bernardo Kastrup 2020

© De la traducción: J. Rafael Hernández Arias

© EDICIONES ATALANTA, S. L.

Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España

Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34

atalantaweb.com

ISBN: 978-84-124315-9-9

Depósito Legal: GI 1714-2022

Índice

Breve introducción

13

Primera parte

Sobre el materialismo «científico»

Capítulo 1

Por qué el materialismo es un callejón sin salida

21

Capítulo 2

Ignorancia

29

Capítulo 3

¿Un materialismo de cualidades?

35

Capítulo 4

La consciencia no puede haber evolucionado

41

Capítulo 5

¿La consciencia como un mero accidente?

47

Capítulo 6

Extracción de imágenes cerebrales

55

Capítulo 7

La extraña psicología del absurdo

61

Segunda parte
Sobre el negacionismo de la consciencia

Capítulo 8	
La misteriosa desaparición de la consciencia	
	75
Capítulo 9	
La misteriosa reaparición de la consciencia	
	85
Capítulo 10	
No un espíritu, sólo una máquina	
	93

Tercera parte
Sobre el pampsiquismo constitutivo

Capítulo 11	
El pampsiquismo implica en último término una consciencia universal	
	111
Capítulo 12	
Robots sintientes, cucharas conscientes y otros divertidos disparates	
	119

Cuarta parte
Sobre el idealismo analítico

Capítulo 13	
Una visión de conjunto del idealismo analítico	
	127
Capítulo 14	
¿Puede el trastorno de personalidad múltiple explicar la vida, el universo y todas las cosas?	
	139

Capítulo 15
El inesperado origen de la materia
145

Quinta parte
Sobre física

Capítulo 16
¿Deberían las anomalías cuánticas hacernos
repensar la realidad?
153

Capítulo 17
Captar las implicaciones de la mecánica cuántica
159

Capítulo 18
Inferencias razonables de la mecánica cuántica
165

Capítulo 19
Pensar más allá del ámbito cuántico
187

Capítulo 20
El universo como panel de instrumentos cósmico
193

Capítulo 21
La física apunta inexorablemente a la mente
199

Capítulo 22
¿Experimentamos realmente el flujo del tiempo?
205

Capítulo 23
¿Por qué la naturaleza refleja nuestro razonamiento?
211

Capítulo 24
¿Es la vida algo más que física?
217

Sexta parte
Sobre psicología y neurociencia

Capítulo 25

Trascender el cerebro

225

Capítulo 26

La consciencia va más allá de lo que piensas

233

Capítulo 27

Informaciones erróneas y confirmaciones sesgadas
en la investigación psicodélica

239

Capítulo 28

Sí, el libre albedrío existe

247

Séptima parte
Perspectivas más amplias

Capítulo 29

Metafísica y persuasión

255

Capítulo 30

La trampa de la concebibilidad

265

Capítulo 31

El significado y el destino de la cultura occidental

275

Bibliografía

299

Índice onomástico

331

Pensar la ciencia

Breve introducción

La historia de cómo la ciencia y el materialismo metafísico llegaron a entrelazarse es curiosa. En el siglo XVII, cuando la ciencia tal como hoy la conocemos daba sus primeros pasos, los científicos basaban todo su trabajo –cómo no– en la *experiencia perceptiva*: en las cosas y los fenómenos de su alrededor que podían ver, tocar, oler, gustar u oír. Ese punto de partida es, desde luego, de índole *cualitativa*. Después de todo, la concreción percibida de la manzana proverbial que cayó sobre la cabeza de Newton, así como su color rojo y su dulzura, eran *cualidades sentidas*. Todo lo que aparece en la pantalla de la percepción es necesariamente cualitativo. De hecho, el punto de partida de la ciencia –entonces y ahora– es el mundo de las cualidades que percibimos en nuestro entorno. Incluso el resultado de los instrumentos que mejoran la percepción sólo es útil en la medida en que se percibe cualitativamente.

Sin embargo, los científicos no tardaron en darse cuenta de que es muy oportuno *describir* este mundo eminentemente cualitativo por medio de *cantidades*, tales como

pesos, longitudes, ángulos, velocidades, etcétera. Estas cantidades capturan las diferencias relativas entre cualidades. Por ejemplo, desde un punto de vista cualitativo, un yunque se siente más pesado que una pluma, y esta diferencia en el peso percibido se puede describir convenientemente con una cantidad: un número determinado de *newtons*. Hoy disponemos de unidades –cantidades– para describir cualquier aspecto discernible del mundo, incluyendo la frecuencia, la amplitud, la masa, la carga, el momento, el espín, etcétera.

Pero entonces ocurrió algo extraño: muchos científicos parecieron olvidar dónde había comenzado todo y empezaron a atribuir una realidad fundamental *sólo a las cantidades*. Dado que sólo las cantidades pueden ser medidas objetivamente, comenzaron a postular que en realidad sólo la masa, la carga, el momento, etcétera, existían ahí fuera, siendo las cualidades, de algún modo, efímeros epifenómenos –efectos secundarios– de la actividad cerebral que existían únicamente dentro de los confines de nuestro cráneo. Éste fue, en pocas palabras, el nacimiento del materialismo metafísico, una filosofía que –absurdamente– confiere una realidad fundamental a meras *descripciones* mientras niega la realidad de lo que es descrito en primer término.

Es más, en algún momento entre principios del siglo XVII y finales del XIX comenzamos a reemplazar, sin reparar en ello, la realidad por su descripción, el territorio por el mapa. Ahora decimos que sólo existe la materia –esto es, cosas definidas de manera exhaustiva únicamente en términos de cantidades–, mientras que las *cualidades de la experiencia*, que son todo cuanto tenemos en última instancia, son supuestamente secundarias, reductibles y epifenómicas. Y nos enfrentamos así al denominado «problema difícil de la consciencia»: la imposibilidad de explicar las cualidades en términos de cantidades. Lo asombroso es que nos sor-

prenda la intratabilidad de este «problema»: para empezar, definimos la materia como algo *puramente cuantitativo* –es decir, *no* como una cualidad–; no es de extrañar, por tanto, que no podamos reducir cualidades a materia.

Esperar que algún día resolvamos el problema difícil de la consciencia es tan absurdo como esperar que el territorio se reduzca a su mapa, o un pintor a su autorretrato. El problema difícil se ha de *identificar* y *rodear*, no resolver. Nuestros actuales dilemas metafísicos –además de la historia que nos ha conducido a ellos, tal y como la hemos esbozado– serían cómicos si no fueran trágicos. En apenas un par de siglos nos hemos enredado en nudos conceptuales desesperadamente abstractos y nos las hemos arreglado para perder todo contacto con la realidad.

Si la ciencia consiste en progresar más allá de los dilemas del presente –desde los relacionados con la neurociencia de la consciencia hasta los que tienen que ver con los fundamentos de la mecánica cuántica, que hunden sus raíces en el mismo paso en falso conceptual descrito anteriormente–, hemos de deshacer los nudos y volver a poner los pies en suelo firme. Este libro pretende ayudar a lograrlo.

Las observaciones empíricas de vanguardia son cada vez más difíciles de reconciliar con el materialismo metafísico. Los resultados de laboratorio obtenidos en la mecánica cuántica, por ejemplo, indican sin asomo de duda que no hay un mundo material autónomo de mesas y sillas ahí fuera. Esto, junto con la incapacidad de la neurociencia materialista para explicar la experiencia, nos obliga a reexaminar nuestras suposiciones iniciales y a contemplar otras alternativas. El *idealismo analítico* –la noción de que la realidad, aunque asimismo susceptible de investigación científica, es fundamentalmente cualitativa– es el principal candidato a reemplazar el materialismo metafísico.

En este libro se analiza de manera accesible el amplio cuerpo de evidencias empíricas y argumentos en favor del idealismo analítico. El volumen consiste en una selección de artículos escritos entre el 2017 y el 2020. Las versiones originales de la mayoría de ellos se publicaron en revistas y diarios prominentes, como *Scientific American*, *Journal of Near-Death Studies*, *IAI News* (la revista online del Institute of Art and Ideas), *Blog of the American Philosophical Association* y *Science and Nonduality*, así como en mi propio blog. Se han reunido aquí en un formato adecuado, ordenados y agrupados para facilitar su comprensión.

Los artículos han sido revisados y actualizados, y en algunos casos se han ampliado. A menudo las versiones originales debían acomodarse a preferencias editoriales que no eran las mías, mientras que las que constan en este libro son las que yo prefiero: vendrían a ser el *director's cut*, por así decirlo, pues reflejan mi auténtico tono y estilo. También se incluyen dos artículos inéditos: «¿Por qué la naturaleza refleja nuestro razonamiento?» (cap. 23) y «¿Es la vida algo más que física?» (cap. 24).

Los textos aquí reunidos abordan a menudo –aunque no siempre– asuntos ya tratados en mis libros anteriores. Sin embargo, incorporan una mayor claridad en la argumentación desarrollada desde entonces. El presente volumen me ha brindado la oportunidad de tratar temas antiguos de manera fresca, más perspicaz y concisa. En cierto sentido, es un gran compendio de mis ideas: cada capítulo contiene un destilado de al menos una de las ideas que definen el idealismo analítico. La argumentación resultante anticipa una transición históricamente inminente hacia una visión científica del mundo que, aunque acomode con elegancia toda la evidencia empírica y los modelos predictivos conocidos, considera la *mente* –no la materia– como el fundamento de la realidad.

Más que ningún otro libro mío anterior, éste incluye críticas al materialismo metafísico, al negacionismo de la consciencia, al pampsiquismo y a otros puntos de vista filosóficos y científicos imperantes. En cierto sentido, es un reproche concentrado y punzante –sin miramientos– a la locura que caracteriza nuestra visión del mundo en la actual coyuntura histórica. Lanzo este reproche con la esperanza de que contribuya a cambiar nuestros métodos más disfuncionales, de modo que podamos vivir más cerca de la verdad.

Primera parte

Sobre el materialismo «científico»

Capítulo 1

Por qué el materialismo es un callejón sin salida

CÓMO LA INCOMPRENSIÓN DE LA MATERIA NOS HA EXTRAVIADO

La versión original de este artículo se publicó
en *IAI News* el 15 de noviembre del 2019.

Vivimos en una época de la ciencia que ha permitido avances tecnológicos inimaginables para nuestros ancestros. A diferencia de la filosofía, que para resolver una cuestión depende en algún modo de ciertos valores subjetivos y del propio sentido de lo plausible, la ciencia plantea cuestiones directamente a la naturaleza, en forma de experimentos. La naturaleza responde entonces mostrando ciertos comportamientos, de manera que las cuestiones planteadas se puedan resolver objetivamente.

Esto es al mismo tiempo la fuerza de la ciencia y su talón de Aquiles: los experimentos sólo nos dicen cómo *se comporta* la naturaleza, no qué *es* en esencia. Muchas hipótesis sobre la esencia de la naturaleza son consecuentes con sus comportamientos manifiestos. Así, aunque tales comportamientos son informativos, no pueden resolver cuestiones sobre el *ser*, sobre lo que los filósofos llaman «metafísica». Comprender la esencia de la naturaleza está fundamentalmente más allá del método científico. Para ello sólo disponemos de los métodos –diferentes– de la filosofía, los

cuales, por más subjetivos que sean, constituyen nuestra única vía para descubrir qué está sucediendo.

El materialismo «científico» –la noción de que la naturaleza está formada fundamentalmente por materia externa e independiente de la mente– es una *metafísica*, ya que hace aseveraciones acerca de lo que la naturaleza *es* en esencia. Por tanto, también es una inferencia teórica: no podemos observar empíricamente la materia externa y separada de la mente, ya que en todo momento estamos encerrados en la propia mente. Cuanto podemos observar son los contenidos de la percepción, que son inherentemente *mentales*. Aun el resultado de los instrumentos de medición sólo nos es accesible en tanto en cuanto lo percibimos mentalmente.

Inferimos la existencia de algo más allá de los estados mentales porque, al principio, esto parece dotar de sentido a tres observaciones canónicas:

- 1) Todos parecemos compartir el mismo mundo más allá de nosotros.
- 2) El comportamiento de este mundo compartido no parece depender de nuestra voluntad.
- 3) Hay estrechas correlaciones entre nuestras experiencias internas y las pautas medibles de la actividad cerebral.

Un mundo fuera de los estados mentales, en el que todos habitáramos, conferiría provisionalmente sentido a la observación 1. Debido a que este mundo compartido sería, por tanto, *no mental*, no se acomodaría a nuestra voluntad (mental), lo que explicaría de manera transitoria la observación 2. Por último, si configuraciones particulares de la materia en este mundo generasen de algún modo una actividad mental, esto quizá también explicaría la observación 3. Así es como nuestra cultura ha dado por hecho que la natu-

raleza es en esencia material, no mental. De nuevo, se trata de una *inferencia metafísica* que aspira a explicar provisionalmente las observaciones canónicas que se acaban de mencionar, no un hecho científico o empírico.

El problema es que esa inferencia metafísica es insostenible por varios motivos. Para empezar, no hay nada en los parámetros de las disposiciones materiales –digamos, la posición y el momento de los átomos que constituyen nuestro cerebro– en cuyos términos pudiéramos deducir, al menos en principio, cómo se siente uno al estar enamorado, saborear una copa de vino o escuchar una sonata de Vivaldi. Entre las *cantidades* materiales y las *cualidades* experienciales existe una infranqueable brecha explicativa a la que los filósofos se refieren como el «problema difícil de la consciencia» (Chalmers, 2003). Muchas personas no reconocen esta brecha porque piensan que la materia ya tiene cualidades intrínsecas –tales como el color, el sabor, etcétera–, lo que contradice el materialismo «científico»: de acuerdo con este último, el color, el sabor, etcétera, son generados por nuestro cerebro, en el interior de nuestro cráneo. No existen en el mundo exterior, el cual se supone que es pura abstracción (véase el cap. 3 de este libro).

En segundo lugar, el materialismo vive o muere con lo que los físicos llaman el «realismo físico»: debe haber un mundo físico objetivo ahí fuera consistente en entidades con propiedades definidas, sea tal mundo observado o no. El problema es que en las últimas cuatro décadas se han realizado experimentos que refutan el realismo físico más allá de cualquier duda razonable (véanse los caps. 16, 17, 20 y 21). Así pues, a menos que redefinamos el significado de la palabra *materialismo* de un modo un tanto arbitrario, el materialismo «científico» es hoy por hoy *físicamente* insostenible.

En tercer lugar, es posible argumentar de manera convincente que los datos empíricos que hemos acumulado sobre las correlaciones entre la actividad cerebral y la experiencia interna no pueden tener cabida en el materialismo. Existe una pauta amplia y constante que asocia el deterioro o la reducción del metabolismo cerebral con una expansión de la consciencia despierta,* con un enriquecimiento de los contenidos experienciales y de su intensidad sentida (véase el cap. 25). Es cuando menos difícil de ver cómo la hipótesis materialista de que todas las experiencias son de algún modo generadas por el metabolismo cerebral podría explicar todo esto.

Por último, desde una perspectiva filosófica, el materialismo en absoluto es moderado –a saber, es antieconómico, innecesariamente extravagante–, y se puede argüir que incluso es incoherente. Cabe admitir que la coherencia y la moderación son en cierto modo valores subjetivos. Sin embargo, si tuviéramos que abandonarlos, abriríamos la puerta a toda suerte de absurdos, desde extraterrestres en las Pléyades intentando alertarnos de una catástrofe planetaria hasta teteras en la órbita de Saturno, sin que fuera posible refutar de manera empírica ninguna de estas cosas. Así que lo mejor es que nos ciñamos a estos valores, a costa de tener que aplicarlos *consecuentemente* incluso al propio materialismo.

El materialismo no es moderado porque, además o en lugar de la mentalidad –que es cuanto conocemos directamente y, en última instancia, sabemos–, postula otra categoría de «sustancia» o «existencia» fundamentalmente más allá de la verificación empírica directa, a saber, la materia. Según

* En el original, *awareness*, que, además de «consciencia despierta», admite la traducción de «toma de consciencia» o «consciencia inmediata o atenta». (*N. del T.*)

el materialismo, la materia es trascendente, más inaccesible que cualquier mundo espiritual aparente postulado por las religiones universales. Esto sólo sería justificable si no hubiera otro modo de dotar de sentido a las tres observaciones canónicas enumeradas con anterioridad sobre la base exclusiva de la mente; *pero lo hay*.

El materialismo combina la necesidad de postular algo fuera de nuestras mentes *personales* con la de postular algo fuera de la *mente como categoría*. Las tres observaciones pueden adquirir sentido si postulamos un campo *transpersonal* de la actividad mental más allá de nuestras psiques *personales* (véase la cuarta parte). Con certeza hay un mundo ahí fuera, más allá de nosotros, que todos habitamos; pero es un mundo *mental*, al igual que nosotros somos intrínsecamente agentes mentales. Ver las cosas de esta manera sortea por completo el problema difícil de la consciencia, puesto que ya no necesitamos salvar la infranqueable brecha entre la mente y la no mente, entre la cualidad y la cantidad: ahora todo es mental, cualitativo, y la percepción no consiste más que en modular un conjunto (personal) de cualidades para ajustarlo a otro (transpersonal). Sabemos que esto no es un problema porque ocurre a diario: nuestros propios pensamientos y emociones, pese a ser cualitativamente distintos, no cesan de modularse entre sí.

Por último, se puede decir que el materialismo es incoherente. Como hemos visto, la materia es una abstracción teórica en y de la mente. Así, cuando los materialistas tratan de reducir la mente a la materia, están intentando, en efecto, reducirla a una de las creaciones conceptuales de la propia mente (Kastrup, 2018b). Esto recuerda a un perro persiguiendo su propio rabo. Aún mejor, es como un pintor que, habiendo pintado un autorretrato, lo señalara y proclamara que él mismo *es* el autorretrato. El desafortunado

pintor tendría que explicar entonces toda su vida consciente interior en términos de pautas de distribución de los pigmentos en un lienzo. Por absurdo que parezca, guarda una estrecha analogía con la situación en la que se encuentran los materialistas.

La popularidad del materialismo se funda en una confusión: de algún modo, nuestra cultura ha terminado asociándolo a la ciencia y la tecnología, las cuales han sido asombrosamente exitosas en los últimos tres siglos. Pero su éxito no es atribuible al materialismo; es atribuible, más bien, a nuestra capacidad para investigar, modelar y luego predecir el *comportamiento* de la naturaleza. La ciencia y la tecnología podrían haberlo hecho igual de bien –tal vez incluso mejor– sin ningún compromiso metafísico o con otra metafísica consecuente con tal comportamiento. El materialismo es, en el mejor de los casos, un autoestopista ilegítimo; tal vez incluso un parásito, ya que se alimenta de la psicología de aquellos que hacen ciencia y tecnología (Kastrup, 2016b).

De hecho, con objeto de relacionarse a diario con la naturaleza, los seres humanos necesitan contarse una historia acerca de lo que es la naturaleza. Desde el punto de vista psicológico, es muy difícil mantener una postura verdaderamente escéptica en lo que respecta a la metafísica, en particular cuando uno está haciendo experimentos. Aunque esta historia interna sea subliminal, sigue funcionando como si fuera un sistema operativo básico. Y ocurre que el materialismo, por su vulgar poder intuitivo y su ingenua superficialidad, ofrece una opción barata y sencilla para esa narración interna. Además, podría decirse que permitió a los científicos y académicos del pasado preservar un sentido en un momento en que la religión estaba perdiendo el control sobre nuestra cultura (*ibid.*).

Pero ahora, en el siglo XXI, no cabe duda de que podemos hacerlo mucho mejor. Ahora estamos en posición de examinar con honestidad nuestras suposiciones ocultas, confrontar objetivamente la evidencia, llevar a la luz de la autorreflexión nuestras necesidades psicológicas y nuestros prejuicios, y luego preguntarnos si el materialismo sirve en verdad para algo. La respuesta debería ser obvia, pero no lo es. El materialismo es una reliquia de una época más ingenua y menos sofisticada, en la que ayudó a los investigadores a separarse de lo que estaban investigando. Pero no está a la altura de nuestro tiempo y nuestra época.

Tampoco carecemos de opciones, ahora que podemos dotar de sentido a todas las observaciones canónicas únicamente sobre la base de los estados mentales (Kastrup, 2019, así como la cuarta parte de este libro). Esto constituye una alternativa al materialismo más persuasiva, moderada y coherente, y que asimismo puede acomodar mejor la evidencia disponible. Los fundamentos de esta alternativa se conocen, al menos, desde principios del siglo XIX (Kastrup, 2020); posiblemente, incluso desde hace milenios. Hoy depende por entero de nosotros explorarlos y, con franqueza, actuar juntos cuando se trata de metafísica. Deberíamos saber que no debemos seguir aferrándonos –de manera grotesca– a lo insostenible.

Memoria mundi

Cada vez es más difícil conciliar las observaciones empíricas con el materialismo científico. Los resultados de la física cuántica de laboratorio indican claramente que no hay ninguna realidad autónoma separada de nosotros, lo que está obligando a la ciencia y a la filosofía a contemplar el mundo de otra manera.

Este libro reúne una serie de influyentes artículos publicados en grandes medios de comunicación, como *Scientific American* o *Institute of Art and Ideas News*, y revisados por el autor, además de dos ensayos inéditos. Todos ellos giran en torno a la inminente transición histórica hacia una nueva concepción científica del mundo que acomode las evidencias empíricas y los modelos predictivos a la mente –no a la materia– como principio de toda la realidad.

«Cada capítulo contiene un destilado de al menos una de las ideas que definen el idealismo analítico», dice el autor. «Tengo la esperanza de que [este libro] contribuya a cambiar nuestros métodos más disfuncionales, de modo que podamos vivir más cerca de la verdad.»

Bernardo Kastrup, doctor en filosofía, ingeniería informática e inteligencia artificial, ha trabajado en algunos de los principales laboratorios del mundo. Como filósofo, defiende la noción de que la realidad es esencialmente mental. Ha escrito obras tan singulares como *¿Por qué el materialismo es un embuste?* (2014) –su primer libro traducido al español (Atalanta, 2021)–, *Rationalist Spirituality* (2011), *Dreamed up Reality* (2011), *Meaning in Absurdity* (2012), *Brief Peeks Beyond* (2015), *More Than Allegory* (2016), *The Idea of the World* (2019), *Decoding Schopenhauer's Metaphysics* (2020) y *Decoding Jung's Metaphysics* (2021).

